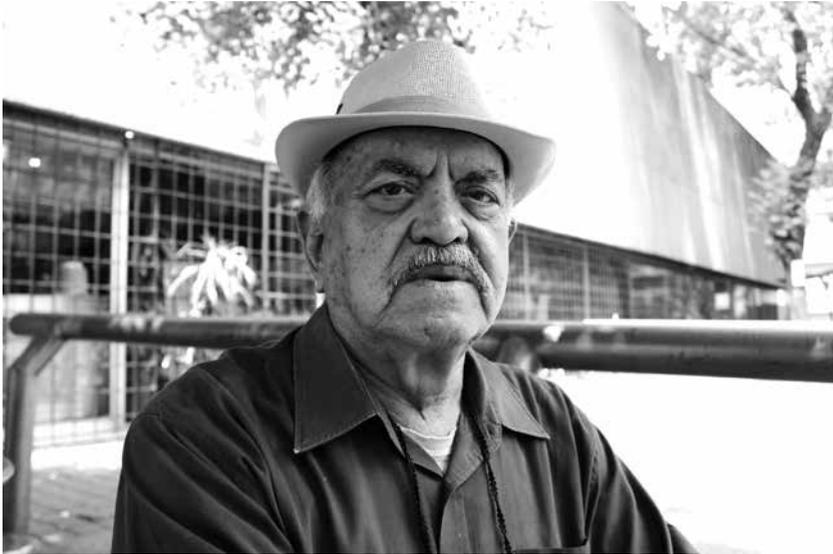


Checo Valdez y los movimientos sociales*

*Santiago Ramírez Martínez***



“No sé cómo definirme; siempre he tenido un problema con eso. Mi definición más cercana y que me encantó, fue cuando realizamos una colecta de sangre para la guerra de Vietnam en la Facultad de Medicina que, por cierto, resultó más exitosa de lo que se creía. Entonces, *El Sol de México* sacó la noticia con el siguiente encabezado: ‘Vampiros anarcocastrocomunistas en Ciudad Universitaria (CU)’. La verdad es que no tengo una definición. Soy un libertario. Es lo que nadie quiere en la vida”, expresa Sergio Valdez Ruvalcaba, mejor

* Entrevista y fotografía realizada por el autor en Coyoacán, Ciudad de México, 29 de mayo de 2017.

** Licenciado en Comunicación Social por la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco. Correo electrónico: [santiagoramirez9@gmail.com].

conocido como Checo, sobreviviente del movimiento del 68 y, en su momento, preso político por realizar el mural de Taniperla, Chiapas, que cuarenta y ocho horas más tarde de haber sido terminado, fue derrumbado por el ejército.

Valdez nació en el Distrito Federal, hoy Ciudad de México, en 1940. Un hombre en sintonía con las causas sociales. De paso lento. Sombrero bien puesto, cigarro en mano. Bocanadas de humo al por mayor. Siempre con la cabeza en alto, en constante atisbo.

Su infancia la pasó en la calle de Vértiz, de la colonia Obrera; en Azcapotzalco y en la colonia Moctezuma, desde los seis hasta los diecisiete años. “Mi familia es de origen proletario, siempre estuvieron relacionados con las artes gráficas y algunos eran artesanos de la pluma. Lo que sirvió para que no sufriera tropiezos ni represiones al ver que dibujaba. Al contrario, me apoyaron. Nunca me regañaron por pintar las paredes, incluso en la primaria destacué en este ámbito por mis trazos. En quinto año me hicieron pintar un gran dibujo para el día de la madre y también plasmar los nombres de alumnos en los certificados de sexto”, relata el pintor.

A pesar de no estudiar una profesión y desertar de varias escuelas, se formó por la vía “informal”; desde niño trabajó en imprentas y talleres gráficos. “Ejercí la publicidad muy joven. Antes de los 20 años ya era socio de una agencia, a la cual renuncié porque me dejó de satisfacer. Me di cuenta de que la publicidad vende ilusiones. Y me dediqué al diseño. A los 20 años ya tenía clientes tanto de diseño gráfico como de diseño editorial, y comencé a hacer caricatura política. La revista más relevante en la que trabajé fue *La garrapata*. A los 23 años retomé la escuela en diseño y artesanías, hice seis carreras técnicas y me puse al corriente”.

Desde julio de 2017, la estación Zapata del Sistema de Transporte Colectivo Metro alberga el museo de la caricatura, que rinde homenaje a los caricaturistas emblemáticos mexicanos, donde se encuentra Checo Valdez, junto a José Guadalupe Posada, Gabriel Vargas, Rius, entre otros.

El dibujo y la pintura para Checo Valdez tiene un carácter estético y sociocultural. Su paso por distintos movimientos sociales, así

como su colaboración en diversos proyectos comunitarios, dieron pie a su principal forma de expresión; sin embargo, su pasión por la comunicación gráfica lo inmiscuyó en uno de los tragos más amargos que bebió durante su ejercicio: la matanza de Tlatelolco.

“La policía me buscaba. Entonces entró a mi casa-estudio y lo que no me robó lo destruyó. En respuesta me metí de lleno al movimiento. Como buen comunicador soy buscador de problemas. Siempre he participado en los hechos sociales. Antes del movimiento del 68 estuve en el movimiento médico de 1964. Empezamos a hacer carteles que se convirtieron en brigadas. Monté talleres de serigrafía. En Medicina hacíamos cincuenta mil carteles y en Ciencias veinte mil, pero no éramos los únicos talleres. También estaban los de San Carlos y la Esmeralda”.

“El 2 de octubre de 1968 lo pasé enfrentito del edificio Chihuahua. Primero vimos subir y caer luces de bengala, y enseguida cayeron hojas blancas partidas a la mitad desde el Chihuahua. Yo pensé que eran volantes. Tomé varios y me di cuenta que no decían nada. Poco después deduje que esa eran las primeras señales de lo que vendría. Luego se oyeron varios disparos en el piso tres, donde estaban los líderes estudiantiles e inmediatamente hubo una bengala verde y otra roja. Luego dos rojas y comenzó el tableteo de ametralladoras proveniente de la voca 7, cerca de la plaza de las Tres Culturas, por lo que la gente comenzó a correr. No había manera de hacer nada, o corrías junto a todos o te tiraban. Terminamos escondidos en un departamento, ya que una señora abrió su casa y nos metimos. Pero ella abrió porque algunas de las personas con las que vivía habían salido por el pan. Entramos cincuenta personas y nos dio refugio toda la noche. Salimos por la madrugada. Estuvo horrible. Mis cálculos personales son que, por lo menos, hubo mil doscientos muertos. Veíamos la cola de seis camiones militares que estaban llenando de cuerpos”.

Al finalizar el movimiento, Checo, que “ya tenía órdenes de aprehensión desde antes” —ríe—, anduvo a salto de mata. “Nos dividimos en un grupo de tres y nos dieron un cuarto en una pequeña industrial, vivimos cerca de militares, por la colonia Marte. Después

estuve en otros sitios, un amigo me dio hospedaje, incluso un cura nos alojó en una iglesia y otros amigos me dieron refugio en la base militar de Santa Lucía. Me fui a esconder entre los soldados y nunca me aprehendieron”.

El respaldo a la comunidad estudiantil continuó gracias a su labor en varias universidades y después, “por un afortunado mal entendido”, terminó como profesor en la UAM-Xochimilco. “Yo venía a una cosa y me salió otra. Yo trabajaba en la UNAM y participé en la huelga del 72 y como secuela de ese movimiento despidieron a mucha gente. Y precisamente a uno de los que despidieron fue a mi amigo Carlos. En el 74 o 75 él comenzó a trabajar en la UAM-Iztapalapa, pero tuvo problemas con su jefa, ya que lo tenía sentado en su escritorio; por lo que él pensaba en renunciar y le dije que se acercara al sindicato, el cual apenas comenzaba, pero todavía no era reconocido; y cuando éste se oficializa estalla la huelga en la UAM, donde participo. Triunfa el sindicato y Carlos me dice que habló con alguien de la directiva para que me contraten, por lo que me quedo a laborar en la Secretaría de Difusión y Solidaridad, y me recomiendan concursar por una plaza, ya que ellos me pagaban, mas no la UAM”.

“Pasado un tiempo otras personas quedan al mando de la directiva y yo dejo de trabajar ahí, aunque seguía en la UNAM. Entonces una compañera de orientación vocacional me dijo que la UAM-Xochimilco necesitaba gente. Así que un día fui y tuve entrevistas durante toda la semana. Finalmente, el viernes me mandan con una chica y después de una plática me comunica que me iba a quedar”.

“En esa época, a los que ahora somos técnicos-académicos los contrataban con cualquier plaza, podía ser de secretaria, de auxiliar o lo que fuera. Todavía no estaba regulado la categoría de técnicos-académicos. Pero yo no sabía en qué oficio me estaban contratando. Mi perfil era relacionado con la difusión cultural, elaborar material didáctico o con el departamento editorial. Entonces le pregunté a Beatriz Solís, la coordinadora de la carrera, que cuál iba a ser mi trabajo. Me miró desconcertada y señaló los andadores. ‘El lunes ahí van a reunirse los docentes, te van a poner al tanto de todo y se van a formar los grupos’. ¿De qué me estás contratando? ‘De profesor.

Es una decisión muy importante –repuso Solís–, así que tómate tu tiempo y me dices en cinco minutos’. Sorprendido, porque por mi cabeza nunca había pasado la idea de servir de docente, menos en una universidad. Ese lunes comencé a dar clases y ya tengo 40 años en la UAM-Xochimilco”.

Años más tarde usted es conocido por realizar un mural en la comunidad de Taniperla, cuya conclusión fue devastadora, ¿cómo fue que se involucró en el proyecto?

Por curioso. Un profesor estaba pidiendo apoyo para realizar carteles y folletos para un evento de educación y derechos humanos entre los tzeltales. Yo les dije que era una falta de respeto realizar productos comunicativos para gente que no conoces. Entonces, Antonio Paoli escribió una frase en tzeltal y le hizo un análisis lingüístico, el cual significaba “respeto”. La conclusión del análisis era que, cuando un tzeltal ofrece respeto, enaltece el corazón. El que lo recibe y el que lo da. El concepto me pareció una maravilla y dije: “pues qué chingona cultura la de los tzeltales, yo los quiero conocer”. Un fin de semana fuimos como Observadores de Derechos Humanos y resulta que terminé ayudándolos, porque mis compañeros se tuvieron que retirar. Realizamos un letrero que decía “Municipio Autónomo Ricardo Flores Magón” en español y en tzeltal, para la inauguración pública del primer municipio autónomo. Cuando estábamos terminando el letrero me pidieron que si los podía asesorar para hacer una gran pintura. Nunca utilizaron la palabra mural, pero por lo que dijeron deduje que se trataba de un mural. Acepté la propuesta por tres motivos: era un proyecto gráfico; porque me gusta promover la creatividad colectiva y porque el profesor Paoli estaba realizando una investigación titulada “Cultura tzeltal, educación y valores”. Disfruto la organización de grupos, la docencia; además, nunca había dado clases a indígenas y a analfabetas. Era un verdadero desafío. Por lo tanto, pensé, si logro que ellos aporten las ideas y que dibujen y pinten, de manera natural van a aparecer plasmados los valores de su cultura.

La gran pintura, como ellos lo llamaron, “era un canto a la paz y a la tranquilidad. A pesar de que aparecen noventa guerrilleros en las

montañas, sólo nueve de ellos están armados. No tenían en mente la guerra, sino la paz, la tranquilidad, el ser ellos, el ser reconocidos”.

La realización del mural terminó el 9 de abril de 1988, a medio día; el 11 de abril a las diez de la mañana arribó un operativo conformado por el ejército y la policía de “aproximadamente mil doscientos hombres contra dos mil quinientos habitantes del lugar, en su mayoría niños”. El comando armado derrumbó el mural, borró el trabajo, la identidad y los valores de la comunidad, el destello de su cotidianidad. No aprehendieron a ninguna de las autoridades del municipio autónomo, pero sí a otras personas, entre ellos a Checo Valdez. “Me tocó bote. Estuve encerrado un año diez días. Se hizo mucho ruido por lo acontecido. Pensé que a los quince días se dejaría hablar del caso. Todo el tiempo que permanecí ahí, tuve muchas visitas, disfruté el penal”, exclama entre risas.

¿Organizó alguna participación colectiva dentro del penal?

Sí, hicimos un mural. Me detuvieron por eso y realicé otro dentro de las instalaciones. Cuando salí de la cárcel formalicé el método. Hicimos uno en la ENAH. Este método se había ideado para gente pobre, con un ochenta y tantos por ciento de analfabetismo y lo aplicamos con población universitaria. Y como los de la ENAH son un desmadre, funcionó. Todavía está el mural en la escuela. En la actualidad hemos hecho en distintas partes del mundo: España, Estados Unidos, Alemania, Canadá, El Salvador, entre otros. Además, el mural de Taniperla cobró vida propia, a pesar de ser destruido cuarenta y ocho horas después de concluido. Gracias a unas fotos se pudo rehacer; éstas se subieron a la red y se enviaron por correo a más de diez mil personas de todo el mundo. Eso ayudó a que se conociera la imagen y se tomara como un símbolo de solidaridad para poder recrear el mural. En la actualidad lleva unas cincuenta reproducciones por todo el mundo. También hemos capacitado gente. Regresé a Chiapas para trabajar con brigadas y allá hicimos aproximadamente setenta murales. Un poco como venganza por lo de Taniperla. Realizamos muchos más para que se les quite.

¿Actualmente está trabajando en algo más?

En lo mismo. Estamos por cumplir veinte años del mural de Tani-perla y estoy preparando algunas cosas para recordar ese aniversario.

~ ~ ~

El 16 de noviembre de 2018 en el edificio central de la UAM-Xochimilco se llevó a cabo la develación de la placa conmemorativa del vigésimo aniversario del mural *Vida y sueños de la Cañada del Río Perla*, así como una reproducción de la obra. Entre risas y melancolía, profesores, alumnos y público en general evocaron el trabajo de Valdez, la repercusión pública del mural y su importancia en la comunidad universitaria, como símbolo de identidad.

Fecha de recepción: 04/10/19
Fecha de aprobación: 04/12/19